pintará cuanto se le antoje, dejándose llevar de las mágicas sugestiones de la *folle du logis*.

Yo, que me complazco en desatenderla, para obedecer tan sólo las severas enseñanzas de la realidad, veo abrirse nuevos y luminosos horizontes á la cultura patria en este inesperado consorcio de las Letras y los Cuernos, que daría ocasión á un nuevo Don Quijote para refundir deliciosamente el célebre discurso de las Artes y las Letras.

Si yo tuviera fuerzas para hacerlo, yo lo haría.

Entretanto, y á falta de cosa mejor, acepte usted un testimonio más de mi amistad y un abrazo extraoficial—¡muy extraoficial!—de su afectísimo seguro servidor q. b. s. m.

SOBAQUILLO.

En Madrid á 12 de Octubre de 1889.

# LA VIDA PARISIENSE

¡Cuidado, que no me refiero á la célebre opereta de Offenbach!

Podría, no obstante, servir el asunto que tengo sobre el tapete para una segunda parte de aquella deliciosa farsa, si viviera todavía el Orfeo bufo que animaba con su música cosquilleante y retozona las caricaturas escénicas de Meilhac y Halévy.

Entre los agasajos que en el segundo acto de la opereta se prodigan

al barón de Gondremark, recién llegado á París, y dispuesto á

*s'en fourrer*
*jusque-là*
*jusque-là,*

esto es, á ponerse como el chiquillo del esquilador, podría figurar "el toreo para andar por casa„, que ha inventado un periodista parisiense.

Al lado de esa invención, *La soirée de Cachupin* es un engendro tan frío como incoloro.

Mientras alguno de nuestros picapedreros literarios se ocupa en transportarla al teatro, quiero entretener con ella á mis lectores, "arreglándola„ del francés.

Fabricio Cuadrado (vamos al decir, Carré), ha publicado un artículo en *La France* con este título: "De la influencia de la Exposición en las reuniones de la sociedad„.

Hasta ahora-según la tesis del cronista—todo el que trataba de "quedarse en casa„ y ofrecer á sus amigos una fiesta animada y divertida, tenía que echar mano siempre de los mismos recursos.

—Tendré que contar ante todo—se decía el dueño de la casa—con las niñas de Mengánez, que ya están bastante ajaditas y no



pierden ni un baile desde hace doce ó trece años; pero, en fin, son *decorativas,* y sobre todo, son las únicas que bailan los lanceros con todas las figuras de la tradición. Pues ¿y la de Perengánez? ¿Quién prescinde de la de Perengánez? Vendrá á las doce y media bien dadas, y nos cantará la romanza *Dolce sguardo*, que viene "colocando„ en todas las *soirées* habidas desde 1879; pero la tal romanza es ya tan de cajón, que si no la oyeran mis invitados, se llamarían á engaño y hasta torcerían el gesto. ¡Y lo mismo digo si no traigo al chico de las de Zutánez! Le oiremos por la milésima vez el inevitable monólogo *Los cangrejos,* imitando á Coquelin, y mis amigos saldrán de casa verdaderamente encantados.

Todo eso ha concluído-dice Carré,—gracias á la Exposición Universal.

Los parisienses que se queden en casa podrán ofrecer á sus contertulios cosas bastante más nuevas.

¡No más lanceros, romanzas y monólogos!

Las niñas de Mengánez *(mesdemoiselles de Mainganay*, como si dijéramos) se plantarán en medio del salón y bailarán un fandango, imitado de las gitanas de la Exposición, con sus correspondientes meneos de caderas y brazos, corregido todo ello—y agravado—con gestos y muecas de señorita parisiense.

¡Qué éxito obtendrán! Hasta es posible que encuentren novio, y gracias al fandango, se vean libres de ellas las tertulias.

La de Perengánez *(madame Perenganville)* renunciará á su *Dolce sguardo,* y saldrá por seguidillas, imitadas también de la *troupe espagnole.* Los invitados se creerán trasladados á Sevilla, y hasta los jugadores de *whist,* que no dejaban las cartas por oir la romanza tan conocida, saldrán del gabinete al salón, se figurarán estar delante de la propia *Macarrona*, y animarán extraordinariamente la reunión lanzando los *oles* de ordenanza (los *ollés*, escribe Carré).

El cronista advierte al dueño de la casa que todas estas cosas cuestan más caras que las antiguas, porque despiertan la sed y "animan la bebida„, como decimos en España.

¿Y para fin de fiesta?



Las de Mengánez han dejado el meneo y emprendido el *flirteo* con sus admiradores. La de Perengánez se ha dejado caer sobre un sofá, muerta de cansancio... ¿Cómo reanimar la *soirée* y concluirla dignamente?

Nada más fácil, gracias á la Exposición... y á las modas españolas.

—Dispone usted—dice el cronista de *La France*—sillas y butacas en forma de circo; deja usted un espacio libre delante de la puerta del salón, cuidadosamente cerrada; en seguida distribuye usted á los invitados, en vez de los tradicionales juguetes del cotillón, picas, banderillas y capotitos de colores, y espera usted la entrada del chico de las de Zutánez, que vendrá inevitablemente á recitar el monólogo de costumbre.

La señal de su llegada la dará la criada de la casa, á la cual habrá aleccionado previamente un trompeta de caballería.

*¡ Tarari !* Suena el clarín en la antesala; se abre la puerta del salón; penetra en él nuestro héroe, y los convidados empiezan á tomarle de capa, á darle el quiebro de rodillas, á darle bofetaditas en el hocico, á picarle y á banderillearle, gritando: *¡Bravo! ¡Toro!* (Así lo pone Carré.)

Claro está que el pobre Zutánez se asombrará primero, y se resistirá después; pero su asombro y su resistencia serán un encanto más, que dará verdadero carácter taurino á la *soirée*, y aun si ocurre que el cornúpeto improvisado no protesta - es decir, si sale manso,—los contertulios tendrán todavía el divertido recurso de agitar unánimemente los pañuelos y gritar, como en la Plaza de Toros de la rue Pergolèse: *¡ Vacca ! ¡ Vacca!* (Al texto francés me atengo.)



El cronista parisiense espera distraerse mucho este invierno con el programa que señala á los organizadores de fiestas de sociedad; pero advierte á los lectores que la parte taurina del programa requiere cierto tacto y discreción.

Los caballeros deberán guardarse muy bien de mirar á la señora que tengan al lado cuando griten: *¡Vacca! ¡Vacca!*

Deberá también evitarse, en lo posible, que el papel de toro lo desempeñe un casado.

¿Qué opinan de todo esto mis lectores madrileños?

Convengan conmigo en que tienen gracia *y tal*—como dice el *Regatero* - las ocurrencias del colaborador de *La France*, que en vez de Cuadrado se debiera llamar Redondo, por lo bien que "redondea„ lo que escribe, y porque merecía ser tocayo de nuestro ilustre Chiclanero.

*¡Ollé! ¡Ollé!* (como él dice.)

Aunque no logre aclimatar en la vida parisiense las innovaciones que señala,

el intentarlo sólo es heroísmo,

y me apresuro á proponer que se abra en las columnas de *La Lidia* una suscrición para regalar al diestro parisiense una muleta de honor, en premio á la habilidad con que trastea á sus compatriotas.

Octubre de 1889.

## A ENSEÑARSE TOCAN

Ó LA «TOILETTE»

### Á GRANDE ORQUESTA

También podría titularse este artículo, ateniéndome al origen y al género del asunto que lo inspira,

LE GRAND LEVER
DE SA MAJESTÉ LE ROI
LOUIS XIX

Pero no quiero "francesear„ más de lo necesario, y prefiriendo ampararme bajo un epígrafe más castizo, imitado del que lleva el sainete de moda en Madrid, cedo este otro título á *Caliban*, *Grosclaude*, Millaud, Champsaur, ó al que quiera poner en solfa—ya por lo fino, ya *grosso-modo* la ocurrencia *bien parisienne* de que da cuenta el *Fígaro* llegado ayer á esta villa que fué del oso y el madroño.

Y digo que *fué*, porque ya no le queda ni una cosa ni otra... Nuestros mejores madroños se los ha llevado á París la flor de la majeza de ambos sexos, prendidos (no los sexos, sino los madroños) de sus basquiñas á lo Goya y de sus chaquetillas toreras; y en cuanto al oso, allá se han marchado también los que mejor "lo hacen„ por principios.

Ello es, volviendo al tema, que un Barnum ha propuesto á Luis Mazzantini - recién llegado á París y jaleado por Blasco en el periódico de la calle Drouot - que se deje ver vestir los días de la corrida, ó lo que es lo mismo, que, en vez de vestirse solo en su cuarto, se vista en un gran salón, donde serán admitidos á ver la *toilette* las señoras y los caballeros que paguen una cuota determinada.

El diestro se presentará en el salón al



salir del baño, envuelto en una bata, que bien podrá ser

una bata
¡alelí!
con vivos encarnaos.

En seguida procederá á vestirse, y cuando tenga ya puestas todas las prendas de su traje de matador, sin que quede nada por enseñar, se irá á la Plaza sin ocuparse — dice el cronista - de ninguno de los espectadores para nada.

Las crónicas no añaden si Mazzantini ha aceptado semejante proposición.

Proposición que demuestra — lo digo en elogio del Barnum, de quien ha partido — un profundo conocimiento del corazón humano y vísceras adyacentes; amén de un estudio, hecho á conciencia, de los gustos reinantes en la moderna Babilonia.

Es indudable que así como Calipso no se podía consolar de la marcha de Ulises, Francia echa á veces muy de menos, con vivir tan á gusto bajo el régimen democrá-

tico y republicano, algunas de las entretenidas y ostentosas mojigangas de la antigua monarquía.

Una de éstas era la ceremonia de *le petit et le grand lever* de los reyes, que se verificaba al levantarse de la cama el soberano.

En la primera parte no intervenían más que los individuos de la familia real *(los príncipes de la sangre,* como se decía con bien poca limpieza) y los magnates más allegados al trono. El Delfín, ó uno de estos grandes señores, presentaba á S. M. la camisa y le ayudada á ponérsela.

Tras de estas y otras escenas que recuerdan las de Rodríguez y Escriu en *Barba-*



*Azul*, venía la segunda parte *(le grand lever)*, que consistía en salir el rey, de bata y babuchas, á la cámara, en donde recibía el homenaje de los demás cortesanos,

re-
verentes,
di-
ligentes,

y veía si éstos inclinaban la espina dorsal dos ó tres centímetros más que el día anterior.

—Yo renovaré todo eso—ha debido de pensar el referido Barnum; - pero modernizándolo y "cotizándolo„, para conciliar las antiguas costumbres de Versalles y Trianon con las actuales de Chicago y New-York.

A la par de Su Majestad el Tenor, monarca absoluto en ambos hemisferios, "disfrutamos„ en España de Su Majestad el Matador, y este rey nuestro se halla á tan poca distancia de serlo también de los franceses, que ya se piensa en concederle los regios honores del *grand lever;* á tanto la entrada, con rebaja á favor de los colegiales, militares sin graduación y señores sacerdotes.

Las señoras sacerdotisas, diaconisas simplemente, del culto que el discreto lector

se puede figurar, deberán pagar á precio más subido que los ó *las* demás asistentes; porque ellas son las que salen ganando, por uno ú otro estilo, en esta deliciosa combinación.

El Barnum habrá dicho:

—¡Hasta el nombre de Mazzantini es favorable á mis planes! Hay franceses que suspiran por un Napoleón... Pues bien, yo les daré un Luis. ¡Se encuentran con quince francos de ventaja! Y como acceda este Luis á la ceremonia del *grand lever*, tendrán los parisienses un Luis XIX, y dejaremos tamañitos al fastuoso Luis XIV, al refinado Luis XV, al débil Luis XVI y al escéptico Luis XVIII.

No hay para qué decir que no puedo creer en semejantes complacencias por parte de Mazzantini, ni de ningún otro torero español; pero si se diera el caso de que alguno "se prestara á la suerte„, se podría dar al espectáculo muy curioso y divertido desarrollo.

La música, en primer lugar, se impone. Es cosa que pide *¡música! ¡música!*



Aparte de la sinfonía, que se compondría adrede para ejecutarla antes de la presentación del diestro, y en donde un maestro de genio haría seguramente maravillas, lo indicado, al salir el protagonista del baño envuelto en su bata, sería un poco de música del primer acto de *Niniche*.

Después, á medida que avanzase la ceremonia, podría ejecutarse (letra de Olona y música de Gaztambide) aquello de

Voy á ponerme hermoso,
bonito y fresco,
como una flor,

y algo de lo que canta Zerlina al desnudarse en el segundo acto de *Fra-Diávolo*, sin perdonar el *ritornello* cómico de uno de los brigantes, que habría de encomendarse á uno de los picadores de la cuadrilla.

La parte más importante del concierto sería el *refrain* de los célebres *couplets* de Escamillo en la ópera *Carmen*, modificando levemente la letra de Meilhac y Halévy con arreglo á las necesidades de la situación:

*Toréador, en garde,*
*et songe, en* T'HABILLANT,
*qu'un œil noir te regarde,*
*et que l'amour t'attend.*

Todo ello, incluso lo de *l'œil noir* (el ojo negro), conmovería seguramente al diestro, y daría lugar á inesperados episodios en el curso de la acción.

Y no todo sería música, *jonjana y guasa verde*, como dicen los andaluces; porque podría darse al espectáculo mayor delicadeza y elevación, gracias á las aficiones literarias—y sobre todo teatrales—que van privando entre los toreros modernos.

El diestro recitaría, con acentos y ademanes á lo Rafael Calvo, los versos de Segismundo en *La vida es sueño:*

«¿Yo despertar de dormir
en lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
que me sirve de vestir?
¿Yo entre músicas y flores?...» etc., etc.

Con lo cual tendría el acto, además del carácter taurino, verdaderos tonos de "solemnidad literaria„.

Así podrían, por otra parte, disculpar y justificar su asistencia muchas damas y caballeros (sin contar los académicos é hijas de familia); pero no estorbaría poner en el salón varias *loges grillées*, ó sea tribunas con celosías, porque hay personas tímidas y reservadas que gustan de saborear estos



espectáculos á solas, sin mezclarse con la muchedumbre.

¡A cuántas ampliaciones y *développements* se presta la ceremonia ideada por el Barnum parisiense!

Sin embargo, quiero parar la jaca antes de que se me desboque; y dejándome en el tintero—que es de cuerno, naturalmente—no pocos comentarios y ocurrencias nada flojas, abandono las derivaciones de esta peregrina *Exhibition* al examen del doctor Cullérre, para que en la nueva edición de su libro *Las fronteras de la locura* añada algo á lo que allí dice de los "exhibicionistas„,

y de este canto y de su historia salgo.

Septiembre de 1889.